

EL PARTO DE LOS DIOSES

Santiago Rojas

EL PARTO DE LOS DIOSES

MSAR26

Capítulo 1

EL PARTO DE LOS DIOSES

I

Son los dioses; me están llamando

Ishmael, tercer hijo de la mujer, recuerda tu promesa.

Ishmael, tercer hijo de la mujer, recuerda cuando en mis manos crecía toda la vida y entre mis dedos se escapaba toda el agua del mundo. Vuelve a ver los ojos de donde ha nacido todo el amor.

Ishmael, tercer hijo de la mujer, recuerda cuando mis piernas hacían temblar la tierra y mi voz hacía mecer los árboles. Vuelve a sentir la fuerza que ha creado todo este ciclo.

Ishmael, tercer hijo de la mujer, recuerda cuando la voz de mi mente era el camino de la tuya. Vuelve a vivir en el mundo donde te dimos la felicidad.

Ishmael, tercer hijo de la mujer!, recuerda cuando mi aliento quemó la tierra y mi saliva ahogó toda la vida. Vuelve a entregar el mundo al caos de mi presencia...

—Natan, ¡Natan! ¿Qué te está pasando?

—Son los dioses, ¡me están llamando!

—¿Otra vez el sueño de los dioses?

Natan puso la cabeza entre las manos y respondió con vergüenza: «Sí. Es la tercera vez este mes, ¿cierto?».

—La cuarta vez. Y cada día te levantas peor, más alterado.

—Son esas putas voces. Cada vez escucho más. Ahora había uno que hablaba sobre quemar y ahogar, me decía que trajera a no sé quién para que hubiera caos.

—Si estuvieras menos tiempo jugando al Dark Souls ese no estaría soñando con dioses y cosas extrañas.

—No, no es eso, Anabel. Estos sueños son muy raros. Todos me piden que

recuerde algo y que cumpla una promesa.

—Ya te dije, eso es...

Los consejos de Anabel se perdían en la confusión de su mente. Mientras miraba un punto invisible en el techo, recordó de pronto la última parte del sueño. Las cinco voces que en su sueño parecían tan claras se hundían en un pozo profundo mientras el sonido de desdibujaba hasta dejar la extraña mezcla entre un pedido, un reclamo, una orden y una obligación. En coro retumbaban esas palabras dichas en tantos tonos: *Ishmael, tercer hijo de la mujer, el primer día recordarás, el segundo día dudarás, el tercer día cumplirás, el cuarto día sufrirás, el quinto día matarás, el sexto día enterrarás y el séptimo día descansarás.*

—Anabel, creo, — dijo mientras despegaba sus ojos del techo para mirarla —creo que no estoy bien.

Anabel se acercó despacio y puso su mano en su rostro: «Todos tenemos pesadillas, mi amor. Eso es normal. Lo que no es normal es la obsesionarnos con ellas. No puedes ser como las vacas, no puedes estar mascando y mascando el mismo pasto». E hizo círculos con su quijada tratando de imitar una vaca. «Cuando vuelva en la noche podemos salir, despejar esa mente llena de cucarachas, dioses y promesas»

Natan tomó su mano para sentir la calidez de su palma: «¿Y si tienes razón? ¿Si me volví loco de tanto estar jugando?». Anabel soltó una carcajada contenida. Se tapó el rostro para contener las lágrimas de alegría e intentar dejar de reír. «Me alegra que mi preocupación te haga feliz. Si es tan gracioso, espero no volver a escuchar reclamos cuando me levante a media noche gritando “los dioses, los dioses”».

Anabel tardó un poco más en componerse de la risa. Se acercó a Natan, que seguía en la cama dándole vueltas a su sueño y con el dorso de la mano acarició su frente. Luego le dijo: “¿Recuerdas mi promesa, amor?”. “¿Cuál promesa?”, respondió con sorpresa. “Siempre estaré contigo, sin importar los problemas”. Y lo entregó un beso tibio antes despedirse.

Natan se quedó en la cama con el sabor del beso en su boca y el tacto del dorso en su frente, mientras en el fondo de su mente retumbaban las frases del sueño. El primer día recordarás. Un calor profundo lo invadió mientras trataba de darle sentido a esas palabras. Su rostro parecía arder y su frente a punto de estallar. Los recuerdos de esa mañana se hacían difusos. Recuerda cuando en mis manos crecía toda la vida y entre mis dedos se escapaba toda el agua del mundo. ¿La vida? ¿El agua? El calor avanzaba lento por cada parte de su cuerpo. Ahora sus brazos le quemaban. ¿El beso? ¿Las lágrimas? Mientras la visión se le hacía borrosa, Natan atinó a pensar: Es la vida lo que se escapa entre el beso tibio del ser amado; es el agua las lágrimas de felicidad que no pueden contener

los dedos.

—¡SON LOS DIOSES!, ¡ME ESTÁN LLAMANDO! —gritó Natan antes de caer un sueño hondo y reparador.